

citó el caballeresco rey de Suecia á ponerse al frente de la cruzada contra la Francia revolucionaria: no cesó de provocar al rey de Prusia. El marqués de Bouillé nos muestra que escribió una carta muy enérgica al emperador: "El rey de Prusia, decía, había mandado entrar un ejército en Holanda por una mera descortesía que se había hecho á su hermana. Y él, el emperador de Alemania, sufriría con paciencia los insultos que se prodigaban á la reina de Francia, la degradación de su rango y de su dignidad, la destrucción del trono de un rey, su cuñado y su aliado," (1). Catalina añadió que tenía un ejército dispuesto á marchar sobre el Rhin.

Este ejército, tantas veces anunciado, no se puso jamás en camino. Catalina II, hábil cómica, ¿representó la comedia contrarrevolucionaria? Un escritor de genio, pero que escribe la historia con la imaginación, Lamartine, dice que "la zarina no deseaba hacer una campaña en Francia contra las ideas y las máximas de esos filósofos que ella misma promulgaba en San Petersburgo," (2). Es una extraña ilusión ver en la *Semiramis del Norte* una amiga de la filosofía y de la Revolución. Es verdad que hizo traducir en lengua tártara la Enciclopedia de Diderot y que estaba en correspondencia con Voltaire. Pero la nobleza francesa se divertía también con la literatura filosófica, lo que no le impidió emigrar y sublevar la Europa contra los hombres del 89, discípulos de Voltaire y de Rousseau. Catalina II hacía la corte á la filosofía por vanidad y por interés: mientras los filósofos cantaban sus alabanzas, se apoderaba de Polonia y se aproximaba á Constantinopla.

¿Deben tomarse por lo serio sus cóleras contra la Revolución? Mr. Michelet dice que la gran Catalina odiaba á la nueva Francia con un odio profundo y feroz: "Se sintió abofeteada el 11 de Julio. Por más que se diga que estaba demasiado lejos para tomar interés en la cosa, nadie puso en ella tanta pasión. Creyó que sus fronteras debían estar al extremo occidente, que la tiranía moría en este mundo y que la libertad era su heredera," (3). Es tener demasiada buena opinión de los emperadores y de las emperatrices suponerles pasiones desin-

(1) BOUILLÉ (marqués de), *Memorias*, p. 314 (Colección de Barville).

(2) LAMARTINE, *Historia de los constituyentes*, t. III, p. 162.

(3) MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, t. III, páginas 245, 246.

tereadas. Egoístas por oficio, los príncipes no se preocupan más que de su poder. Y ciertamente, las ideas del 89 no podían turbar el reposo de la zarina. ¿Por qué, pues, la gran Catalina afectó tanta cólera contra la Revolución? Fué grande por la ambición. Ahora bien, cuando la Francia estaba ardiendo y los reyes se coaligaban para extinguir el incendio, la ocasión era excelente para lanzarse sobre la Turquía y para escamotear la Polonia. No somos nosotros quienes inventamos esta política de violencia y de mentira, la zarina misma se jactaba de ella: "Me rompo la cabeza, decía en la intimidad, para comprometer al Austria y á la Prusia en una guerra contra la Francia revolucionaria. ¿Hago mal? Hay tantas razones que no pueden decirse. Quisiera ver á mis vecinos ocupados en otra parte, á fin de tener las manos libres. ¿Cuántas empresas me quedan por terminar! Debo tener los caminos expeditos, si quiero llevarlos á buen fin," (1). Es inútil insistir. La política rusa no es un secreto para nadie; ciertamente hay que poner muy buen deseo para engañarse respecto á ella.

Notemos únicamente esto: La coalición criticaba á la Revolución que destruía el derecho y trastornaba los fundamentos del orden social. Ahora bien, hé aquí ya á uno de los coaligados que puede pasar á justo título por un revolucionario en la peor acepción de la palabra. La Revolución llamaba á los pueblos á la libertad; esto era arruinar el antiguo orden de cosas y desposeer á los que ejercían el poder. Y ¿qué hacía Catalina II? Asesinaba á un pueblo por medio de una mezcla odiosa de fraude y de violencia. También quería trastornar al mundo, pues que su ambición era la de reconstituir el imperio de Oriente, es decir, la monarquía universal de Roma. ¿Cuál era su derecho? La fuerza. La fuerza reinaba también en Paris. En este sentido, la Revolución era universal. Pero en Francia dominaba la pasión de la libertad, y en San Petersburgo la pasión immoderada de las conquistas.

II

Decimos que es honrar demasiado á los reyes suponerles pasiones contrarrevolucionarias. Hay, sin embargo, que reconocer que la Revolución en-

(1) SMITT, *Vida de Suworow*, t. II, p. 359.

contró enemigos coléricos entre los príncipes eclesiásticos del sacro imperio romano. Catalina la Grande fué eclipsada por los electores de Maguncia y Colonia. Nadie alzaba tanto la voz ni tenía humor tan belicoso como esos dignos ministros de un Dios de humildad y de paz. Según ellos, la Francia había violado la paz de Westfalia aboliendo los derechos feudales con perjuicio de los abates posesionados en Alsacia. Pues que desgarraba los tratados, tanto peor para ella. Se le iban á tomar la Alsacia, la Lorena y la Flandes. Entretanto se establecería un bloqueo para impedir que las mercancías francesas entrasen en Alemania. Entre esas mercancías estaban, no hay que decirlo, los principios del 89. Era preciso prohibirlos, bajo pena de muerte contra los temerarios que se hacían agentes de la propaganda parisiense (1).

Tal era el amor de los príncipes eclesiásticos por la Revolución. Su impotencia igualaba á su buen deseo. De todos los malos gobiernos, el de los obispos era el peor. La Alemania brillaba á fines del siglo XVIII por su detestable régimen; en esta decadencia general, los electores eclesiásticos ocupaban el primer rango; sus Estados eran la imagen de la decrepitud; no había en ellos ni agricultura, ni comercio, ni industria, ni ciencia. Así es que la debilidad de esos soberanos mitrados era extrema. Se distinguieron por su cobardía á la aproximación de los ejércitos revolucionarios, como se habían distinguido por sus fanfarronadas mientras no se trataba más que de amenazas (2). Si mencionamos su vana oposición contra los principios del 89, es para hacer constar el odio de las gentes de iglesia contra el nuevo orden de cosas. Es un odio inmortal.

La Revolución tenía enemigos menos apasionados, pero más serios. Estos fueron el emperador y el rey de Prusia, que tomaron la iniciativa de la larga guerra entre el antiguo mundo y el nuevo. Admiramos ante todo los hermosos sentimientos que las potencias coaligadas ostentaban en sus manifiestos. Si el rey de Prusia toma las armas, es "á fin de evitar los males incalculables que podrían resultar para la Francia, para la Europa, para la humanidad entera, de ese funesto espíritu de insubordinación, de subversión de todos los poderes,

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 282.

(2) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. II, p. 339.

de licencia y de anarquía, cuyos progresos parece que debiera haber contenido una desgraciada experiencia. Hacer cesar la anarquía en Francia y restablecer para este efecto un poder legal sobre las bases esenciales de una forma monárquica, proteger por esto mismo á los otros gobiernos contra los atentados incendiarios de una turba frenética tal es el gran objeto que el rey se propone, juntamente con su aliado, asegurado en esta noble empresa, no tan sólo con el consentimiento de todas las potencias de Europa que reconocen su justicia y su necesidad, sino en general del sufragio y de los votos de cualquiera que se interese sinceramente en la felicidad del género humano," (1).

¡Qué cariñosa solicitud por la felicidad de la humanidad! No hay necesidad de decir que sólo los reyes pueden hacer felices á los pueblos. Esta no era la opinión de la Francia revolucionaria, y este era su gran crimen á los ojos de los soberanos coaligados. Algunos meses después de la declaración de guerra, cuyo extracto acabamos de citar, el abate Grégoire proclamó en la tribuna de la Convención que la historia de los reyes es el martirologio de las naciones. Hé ahí el reverso de la medalla, y el reverso es más verdadero que la historia oficial. Prusia acababa de perder un rey que merece ser llamado el único, aunque su reputación de grandeza sea exagerada. Federico II, correspondal de Voltaire, alucinaba á sus contemporáneos, como Catalina II, y sedujo también á la posteridad. Á los historiadores les cuesta trabajo creer que el sucesor del príncipe que se proclamaba el servidor de la nación se haya hecho el campeón de la monarquía absoluta. Lamartine dice "que la Prusia no pensaba en una guerra contrarrevolucionaria, que la corte de Prusia y su ejército estaban dominados por una sola idea, dominar en Alemania por medio de la inteligencia y destruir el ascendiente del Austria por medio de la popularidad alemana; que, por el contrario, meditaba una alianza francesa con cualquiera revolución que triunfase en Paris; que la corta guerra que la Prusia hizo en 1792 á la Revolución no fué más que el accidente de un ministro que se inclinaba por el Austria," (2).

(1) Exposición sucinta de las razones que han determinado al rey de Prusia á tomar las armas contra la Francia, del 26 de Junio de 1792 en BUCHZ y RUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. XVI, p. 285 y siguientes.

(2) LAMARTINE, *Historia de los constituyentes*, t. III, p. 161.

¡Ese es el ideal de la historia de fantasía! Es cierto que la Prusia no carece de ambición; la realiza á nuestra vista, pero por medio de la fuerza, y no por medio de las elevadas ideas que la supone Lamartine. En el momento en que la Revolución estalló, la corte de Federico Guillermo no brillaba mucho por el culto de la inteligencia; el misticismo reaccionario estaba unido en ella al libertinaje. El rey, de quien se quería hacer el representante del movimiento intelectual de Alemania, estaba gastado por placeres poco intelectuales. ¡Cosa singular! Ya durante la Revolución, Francia participaba de la ilusión que aun hoy reina en ciertas clases respecto á la misión de la Prusia. Imaginábase que la alianza de la Prusia y del Austria era debida á un accidente, que las simpatías de los sucesores de Federico II debían aproximarlas á Francia. La Revolución buscó la amistad de la Prusia, y Napoleón mismo hubiera querido unirse con lazos íntimos. El interés político hubiese podido tal vez aconsejar esta alianza á la monarquía prusiana; en cuanto á sus simpatías por la libertad, son completamente imaginarias.

Los historiadores alemanes, en su alta imparcialidad, tienen una tendencia á idealizar los personajes históricos: ven todo de color de rosa á través de su prisma optimista, á lo menos cuando se trata de los enemigos de Francia. Federico Guillermo, dicen, era más bien un hombre de sentimiento que un espíritu político. El rey empezó por soñar en un papel glorioso frente de la ambición austriaca ligada con Rusia; anudó relaciones con las potencias marítimas y con los Estados del Norte para contener las invasiones de las dos cortes imperiales, que pensaban nada menos que en el reparto del imperio turco. En 1789 se estaba en vísperas de una guerra de Oriente; si Federico Guillermo retrocedió, fué porque se vió abandonado por Inglaterra. Entonces el rey de Prusia dió oídos á las provocaciones incessantes de los emigrados, se dejó tentar por el papel de caballero de la monarquía, y quiso ponerse al frente de una cruzada contra la Revolución (1). Los hechos generales en que se apoyan los historiadores alemanes son exactos; pero es embellecer singularmente la historia el transformar en espíritu caballeresco á un prin-

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 244, 348.—VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. I, p. 155 y siguientes.

cipe gastado por el libertinaje, y hacerle buscar en la política distracciones contra el irremediable aburrimiento que le consumía. Prusia ha nacido codiciosa y ávida de engrandecimiento. Cuando Federico Guillermo pensaba en formar una coalición contra el Austria y la Rusia, estaba inspirado por la política de cálculo que tan bien había aprovechado á la monarquía prusiana. ¿Se habría convertido de pronto en un Don Quijote, á la voz de la nobleza emigrada? No se había aun firmado la alianza contra la Francia, cuando ya el caballeresco rey de Prusia se preocupaba de la suerte de las conquistas que podría hacer la coalición. Es cierto que las potencias coaligadas ostentaban el más generoso desinterés en sus manifiestos. "Pero, decía Federico Guillermo, es posible que no consigamos salvar á Luis XVI; ¿qué haremos entonces de la Lorena, de la Alsacia y de las demás provincias que habremos ocupado? Ciertamente que no las devolveremos á la Francia revolucionaria. ¿Las tomará el Austria? Sería conveniente saberlo, porque la Prusia no puede permanecer indiferente á este engrandecimiento," (1).

Hé ahí el lenguaje del rey caballero. Es imposible ser más positivista ni menos caballeresco. Veamos lo que pensaba el emperador. Propuso un proyecto de coalición, renunciando á toda idea de conquista. Los emperadores de Austria no han pasado jamás por ser Quijotes. Si Leopoldo manifestaba desinterés, es porque creía que la coalición se limitaría á una intervención de amenazas. Se trataba, además, del trono de su cuñado; ¿podía alimentar proyectos de conquista contra una hermana querida? Él no era de genio conquistador; más gastado aun que Federico Guillermo por un libertinaje que no retrocedía ante ningún excitante ficticio, no tenía más que una astucia de baja esfera que debía á su educación italiana. Ciertamente, Leopoldo y su hermano de Prusia no eran de suficiente talla para conquistar el mundo. Parece un beneficio de la Providencia; los primeros reyes que tomaron las armas contra la Revolución eran pigmeos; si hubiesen tenido el genio de Federico el Grande ó tan sólo la tenaz ambición de José II, hubieran podido ahogar al gigante en su cuna.

(1) Despacho confidencial dirigido al embajador de Prusia cerca de la corte de Viena, el 28 de Julio de 1791, citado por HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 315.

Así se explican las protestas de desinterés de que fueron tan pródigas las potencias coligadas al principio de la guerra. En el mes de Julio de 1792, el emperador y el rey de Prusia se hallaban reunidos en Maguncia. Un agente de Luis XVI fué allí para concertar las medidas que se habían de tomar cuando se verificase la invasión. Mallet du Pan tomó acta de las declaraciones que hicieron los coligados: "Se me asegura positivamente, dice, que ninguna mira de ambición, de interés personal, ni de desmembramiento entra en el fin de la guerra." Estas promesas se repitieron hasta la saciedad en todas las conferencias; las cortes aliadas no se cansaban de proclamar que eran completamente desinteresadas en esta cruzada contra la Revolución (1). Las cruzadas del siglo XI iban á conquistar una tumba; las cruzadas del XVIII hacían la guerra á la anarquía revolucionaria para garantizar la felicidad del género humano. El famoso manifiesto del duque de Brunswick repitió este compromiso solemne: "Arrastradas en la guerra presente por circunstancias irresistibles, las dos cortes aliadas no se proponen más fin que la felicidad de la Francia, sin pretender enriquecerse por medio de la conquista," (2).

Todas estas promesas eran otras tantas mentiras diplomáticas. Preténdese que las potencias coligadas habían firmado un tratado por medio del cual se dividían la Francia. El texto de esta singular convención ha sido publicado en las colecciones diplomáticas, pero su autenticidad es más que dudosa (3). Si la mencionamos, es porque la sola suposición atestigüa en contra del antiguo poder real. No tiene el derecho de quejarse de esta calumnia, si en ello hay calumnia. Se le contestará con el proverbio que dice que no se presta más que á los ricos. En Francia se ha creído siempre en los proyectos de desmembración. La Polonia acababa de ser repartida, dice Dumouriez en sus Memorias, bajo el pretexto de desórdenes interiores que agitaban á la república. ¿Qué cosa más natural que aplicar á la Francia una política que había dado tan buenos resultados en el Norte?

(1) MALLET DU PAN, *Memorias y correspondencias*, publicadas por SAYOUS, t. I, p. 308, 309.

(2) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. XVI, p. 278.

(3) DE GARDEN, *Historia de los tratados de paz*, t. V, p. 160 y siguientes.—SCHOELL, *Historia abreviada de los tratados de paz*, tomo IV, p. 183-186.

Luis XIII, Luis XIV y Luis XV habían añadido á la Francia el Rosellón, la Bresse, el país de Ger, la Alsacia, el Franco Condado, la Flandes y la Lorena. La Revolución era una ocasión propicia para recuperar las provincias conquistadas por los reyes cristianísimos. En cuanto á Inglaterra, no creemos que pensase aun en reconquistar la Aquitania y la Normandía, aunque su rey lleva siempre el título de rey de Francia; pero las colonias francesas la tentaban: esto era una venganza de la guerra de América (1).

Esas acusaciones resonaron más de una vez en la tribuna de la Convención (2). Los mismos enemigos de la Revolución las daban fe, y entre otros un hombre comprometido en la diplomacia. Cosa notable, el conde de Maistre combatió vivamente el proyecto de desmembrar la Francia; lo hallaba tan absurdo y tan impracticable como la idea de quitar un planeta del sistema solar: "Los reyes, dice, contra todas las reglas de la moral, han querido aprovecharse de una fiebre ardiente que ha atacado á los Franceses, para lanzarse sobre su país y repartírselo. La Providencia ha dicho que no; siempre hace bien, pero jamás tan visiblemente á mi parecer... Veo en la destrucción de la Francia el germen de dos siglos de matanzas, la sanción de las máximas del más odioso maquiavelismo, el embrutecimiento irrevocable de la especie humana," (3). Recomendamos estas palabras de un enemigo obcecado de la Revolución á los enemigos obcecados de la Francia.

No hay nada más ciego y absurdo que la reacción. Creemos sin dificultad que la contrarrevolución seña en el reparto de la Francia; esto debía ser algo más que un sueño, pues el conde de Maistre creyó deber combatirla. Es cierto que las protestas de desinterés de la Prusia y del Austria eran de esas vanas palabras que tienen siempre los reyes al servicio de los que quieren engañar. La Prusia se retiró la primera de la coalición. ¿Fué por simpatía hacia la Francia revolucionaria, como lo creen algunos historiadores franceses? Federico Guillermo era, por el contrario, el paladín de la

(1) DUMOURIEZ, *Memorias*, t. II, p. 160 (*Colección de BREVILLE*).

(2) Véase el discurso de BOISSY D'ANGLAS, en el *Monitor* del 13 pluvioso, año III.

(3) *Carta del conde de Maistre*, del 28 de Octubre de 1794, á Mr. le barón de V... (*Cartas y opúsculos del conde de Maistre*, tomo I, p. 8, 9).